WASHINGTON SE MIRA ESCALOFRIADO EN EL ESPEJO DE MARY SHELLEY

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes

Tras las dos importantísimas aportaciones leídas por nuestros compañeros, Olegario González de Cardedal y Marcelino Oreja Aguirre, es necesario plantearnos una interrogación crucial: ¿Existe Europa?

En el año 1995, en *Kiklos,* el gran economista William J. Baumol, iniciaba un artículo titulado «What's different about European Economics?», verdaderamente luminoso, con la interrogación de «¿Existe una economía europea?». Por supuesto que el artículo se refería a la posible existencia de una ciencia económica europea diferente de la que se investigaba y estudiaba en los Estados Unidos. Pero podemos retorcer la pregunta, e interrogarnos si existe en estos momentos, dentro de la Unión Europea, una auténtica, y colectiva política económica continental, que no sea una mera yuxtaposición, más o menos caótica, de las economías nacionales. Igualmente, Jean-Claude Casanova, en su artículo «Europe: la porte étroite» se pregunta en *Le Monde* de 5-6 enero de 2003, en relación con el asunto turco impulsado por Norteamérica, si no será preciso esperar aún medio siglo «para que Europa exista».

El motivo de tal interrogación es evidente. La construcción europea no se explica sin los Estados Unidos. El comienzo de la Guerra Fría exigió alterar el panorama europeo que provocaba que, ante la ofensiva guerrillera comunista en Grecia, Inglaterra, en cuya zona de influencia marcada por Yalta estaba, manifestase la necesidad de abandonar, porque su dilema ya no era el de Göring, sino «cañones o pan negro». La Ayuda Marshall condujo en derechura a la necesidad de una fuerte asociación económica europea, planteada por el primer presidente de la Comi-

sión, Hallstein, como una sucesión de unión aduanera, unión monetaria y unión política. Todo eso funcionó sin tensiones hasta la victoria, en 1989, o sea, hasta el derrumbamiento del Muro de Berlín y la liquidación de la Unión Soviética, la derrotada en la Guerra Fría.

Pero esa Europa unida era una pieza más dentro de la marcha de Norteamérica para, como Roma, regir a todos los pueblos del mundo. La acción en este sentido de Washington es clara desde la independencia: llegar al Pacífico, dominar el Caribe, tener a Hispanoamérica convertida en su patio trasero, alcanzar el dominio del Pacífico y, con unos fieles aliados europeos, hacer lo mismo en el Atlántico. El único enemigo importante hoy en día es, dentro de la dinámica expuesta por Ibn Jaldún y, glosada por nuestro compañero Fabián Estapé, el Islam. Turquía es pieza clave para triunfar en esta confrontación. Europa, aunque se desnaturalice considera Norteamérica que no puede impedir esto; ha de ayudar. De paso, es evidente que esto dividirá a la Unión Europea: quienes desean una unión íntima, no pueden admitir a Turquía; quienes sólo desean las ventajas de un mercado amplio, sin ir más allá —con lo que, al mismo tiempo, pueden aliarse económicamente con los Estados Unidos, en un Tratado Atlántico de Libre Comercio—, admiten sin remilgos a Turquía.

Nada de eso se entiende muy bien sin echar mano de un punto de vista expuesto de modo luminoso, a mi juicio, por Robert Kagan en su ensayo «Power and Weackness», publicado en *Policy Review,* junio 2002, núm. 113. Esa Europa, creada por los Estados Unidos, se mueve hacia un mundo cada vez más alejado de la tentación del poder, o si se prefiere, «se mueve más allá del poder hacia un mundo autocontenido de leyes y reglas, así como de negociaciones y cooperaciones transnacionales. Está entrando en un paraíso posthistórico de paz y de relativa prosperidad, o sea en la realización de la «Paz Perpetua» kantiana». Pero, simultáneamente, los Estados Unidos, «permanecen encenagados en la historia, ejerciendo el poder en un anárquico mundo hobbesiano, en el que las reglas y las leyes internacionales son inestables y en donde la verdadera seguridad y la defensa y promoción de un orden liberal aun dependen de la posesión y empleo de la fuerza militar». De algún modo, esa actuación norteamericana se inspira en la obligada agresividad en el mercado de los empresarios. Léase sobre esto el libro de Oren Harari, *Colin Powell. Los secretos para ser líder* (McGraw Hill, 2002).

Norteamérica busca aliados, porque así su fuerza será mayor. Pero sólo los logrará si Europa se debilita a través de su desunión. Por ello actúa con fuerza sobre los países que, o bien tienen lazos culturales muy profundos con los Estados Unidos y mucho más débiles con el resto de Europa, o se encuentran en una posi-

ción fronteriza muy delicada, porque han de resistir la presión de países de ese mundo hobbesiano —el Mogreb islámico para España, los Balcanes para Italia— o, combinaciones de todo eso, a veces provocadas por un recuerdo reciente y terrible —caso de Hungría, Polonia y la República Checa—, o alianzas muy firmes y viejas con países de ese universo, como sucede con Portugal y Gran Bretaña desde el Tratado Lord Methuen, en tiempos de la Reina Ana. Así he descrito a todos los firmantes del artículo «Europa y América deben permanecer unidas», aparecido en *The Wall Street Journal,* salvo el curioso caso de Andres Fogh Rasmussen, primer ministro danés, el único cuya presencia en este documento no sé cómo interpretar, salvo que recoja un fuerte sentimiento anticomunitario que aun se incuba en algunos viejos miembros de la EFTA. Tampoco es posible dejar a un lado, por ejemplo, como sostuvo Mino Vignolo en el «Corriere della Sera», el deseo español de participar en un G-9 con el apoyo norteamericano, o el recuerdo aun latente de la contienda germanoaustríaca, con su repercusión de la pérdida del Schlewig-Holstein por Dinamarca y la ocupación alemana durante la II Guerra Mundial.

Este sentimiento instintivo antieuropeo, porque no encaja en lo esencial del talante norteamericano es lo que explica que los Estados Unidos, contemplasen casi ansiosos, el lanzamiento del euro, y enviasen mensajes sobre cómo su fracaso era seguro. Todavía, como un eco, un chileno, Sebastián Edwards, profesor de la UCLA, en la revista *Capital* de Santiago de Chile, de 22 de noviembre a 5 de diciembre de 2002, declaraba: «Creo que la UE va a acabar mal». El *Business Week* de 20 de enero de 2003, bajo el título «Sobrecargada», presenta un panorama más bien terrible sobre la eurozona. En *Time* de 13 de enero de 2003 se lee un juicio casi despectivo sobre la situación del Proyecto Galileo, ese que surge de la Agencia Espacial Europea y de la Comisión —de «extraña bestia» lo califica Jennifer L. Scharker en ese artículo—, y que muchísimo preocupa a los Estados Unidos. «Galileo» es despachado así: «Está tan destrozado como el cohete Ariane 5», el que se estrelló en diciembre en la Guayana francesa.

Si todo eso que se pronostica, o se impulsa, desde el otro lado del Atlántico, se cumple, ¡pobre Europa tal como se sueña hoy en París y Berlín! De paso, habría desaparecido definitivamente un posible rival de Norteamérica, país que así se liberaría del progresivo agobio del complejo de ser ese «moderno Prometeo», como calificó Mary Wollstonecraft Shelley, al suizo Dr. Frankestein.